

Una triste y pronta partida, un recuerdo latente

Mayerlin Andrea Cruz Rodríguez

El dolor persiste pero el recuerdo es grato. Y como si hubiese sido ayer, regresa a mí memoria tan humilde sonrisa, cuando decidió emprender un nuevo camino de la mano de Dios. Su cuerpo no soportaba un pinchazo más, su alma poco a poco desvanecía.

Dos años me había mostrado incrédula frente al devastador diagnóstico. No aceptaba que con tan solo 26 años, se le escapara la vida así, de repente. La cuenta regresiva comenzaba. El cáncer que padecía ya era resistente, la invadía, había hecho de las suyas; lo supimos tras la cirugía para cáncer gástrico que le hizo el doctor. Jamás me había agradado escuchar esa patología, sabía lo que sucedía si lo llegabas a padecer y era detectado demasiado tarde. Es silencioso, acaba contigo progresivamente; cuando te das cuenta el daño ya está hecho. Este había convivido con ella durante siete años, razón por la cual era imposible hacer algo al respecto. Está muy avanzado, dijo aquel día el médico.

Como familia continuábamos cegados. No lo creíamos. Buscamos por doquier la mejor medicina, aunque no fuera a dar resultado; no quisimos dañar sus esperanzas, las ganas que tenía de vivir. Fernanda quería luchar contra su enfermedad aún sabiendo dónde acabaría todo.

Fui a visitarla varias veces; me reía con ella y las dos nos sentíamos muy bien. Hablábamos de medicina. Me decía que le gustaba mucho, que cuando volviera a visitarla debería enseñarle cuánto había aprendido en la universidad. Yo deseaba que las visitas se multiplicaran y que mejorara. Pero no sería así. Con dolor guardé todos mis recuerdos y últimos momentos vividos con ella. Ya el tiempo se acababa. Quería acompañarla cada minuto restante, la miré fijamente por última vez, reflejaba en su mirada que ya estaba lista para partir, que esta vez no iríamos con ella.

Decidí no visitarla más. Suena un tanto duro pero creo que fue mi manera de hacerle duelo a la situación; no debía invadirla con mi tristeza, quería que se fuera feliz. La melancolía, tristeza y dolor invadía a la familia. La perdíamos cada vez más. La vida en su lucha perseverante, perdía ante la muerte.

Tristemente el 20 de enero de 2011, cuando estaba en inducciones del semestre, por un momento perdí la concentración. Sentí una corazonada. Mi prima estaba en mis pensamientos constantemente. Le pedí a Dios que no estuviera sufriendo, que amortiguara su dolor, que me permitiera verla una vez más; pero mis suplicas fueron en vano, tan pronto como llegué a casa, papá me dio la mala noticia. Fernanda había muerto.

Aún no supero su partida. Tal vez no lo demuestro pero siento pena porque ya no está. Algunos pensarán que fue la voluntad de Dios, yo quisiera entender algún día quién decide que nuestra vida acabe; y más, cuando soy de las que piensa que Dios no querría el mal para ninguno de nosotros. Entonces ¿Por qué nos llega la hora de morir?

De lo que si estoy segura es que mi prima está presente en la mente de quienes la quisimos con el alma y seguimos recordándola con el corazón.